



ENTRE EL HÁBITO
Y LA ESPADA

José Mudarra Herrera

ENTRE EL HÁBITO
Y LA ESPADA



Primera edición: febrero de 2022
© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.
© José Mudarra Herrera
© Ilustraciones: José Mudarra Herrera

ISBN: 978-84-19151-36-0
ISBN digital: 978-84-19151-37-7
Depósito legal: M-3081-2022

Editorial Adarve
C/ Ros de Olano, 5
28002 Madrid
editorial@editorial.adarve.com
www.editorial.adarve.com

Impreso en España

*A todos aquellos que aman la historia y la escritura.
Especialmente a José Manuel Soriano, a Carlos Delgado
Pineda y a mis compañeros del Ateneo Barcelonés por su
inestimable colaboración para que esta novela llegara a su fin.*

Y a mi esposa y a mis hijas por su apoyo e infinita paciencia.



CAPÍTULO I

«Posside sapientiam, quia auro melior est».

PROV. 12,16

«Poseer sabiduría es mejor que poseer oro», esa era la inscripción que estaba grabada en el dintel de piedra de la puerta de la escuela episcopal de Sigüenza.

El aula no era muy grande, pero suficiente para el escaso número de escolares que asistían. Aquel año solo había inscritos quince estudiantes, hijos todos ellos de hidalgos de la ciudad. La mañana del día IV de los idus de mayo, cada alumno ocupaba su pupitre cuando entró el maestro Tomás, el deán de la catedral, un viejo y escualdo canónigo, huraño y con poca paciencia. Los alumnos le apodaban el Cuervo, por el raído hábito que algún día fue negro y por la prominente y afilada nariz que semejaba el pico de un ave de rapiña. Todos se pusieron en pie.

—*Salve, mi alumni*—saludó el profesor.

—*Salve, magister*—respondieron los alumnos a coro.

—Oremos todos para que el Señor nos abra la mente: *Deus aperiat sensum ut recipat scientiam podamo.*

Oración que repitieron todos y terminaron con un rotundo amén.

—Hoy vamos a estudiar latín clásico. Preparad las tablillas. Voy a dictaros un texto de san Agustín.

Martín se acercó a Pablo, que estaba sentado junto a él, y le susurró al oído:

—¿Lo ves?, otra vez san Agustín, no falla. Este o Virgilio todos los días. Si al menos nos dictara *La guerra de las Galias*...

—Escribid: *Maior sum quan qui mancipium sim corporis mei.*

Los alumnos comenzaron a escribir con los estiletes en las tablillas enceradas.

La puerta de la sala se abrió súbitamente y entró un sacristán de la catedral, que se acercó al maestro y le comentó algo en voz baja. El canónigo Tomás, nervioso, les dijo a sus alumnos que no se movieran de sus pupitres. Tenía que resolver un asunto y regresaría en unos minutos. Se levantó de su sitial y salió.

Los muchachos se entretenían hablando y bromeando mientras esperaban el regreso del maestro. No pasó mucho rato hasta que el sacristán volvió a entrar en el aula y les comunicó que el *magister* Tomás, por orden del señor obispo, había tenido que ocuparse de una tarea apremiante que le llevaría toda la mañana, y daba por concluida la enseñanza del día.

Martín y Pablo se miraron con una sonrisa cómplice. A los dos les latía el deseo de disfrutar de unas horas de libertad sin consentimiento de sus padres. Era una ocasión perfecta para pasar la mañana trotando por el monte. Nada más salir a la plaza de la catedral, vieron de lejos a su amigo Karim, reconocible a una legua por el llamativo turbante amarillo y negro. Karim era un zagal mudéjar de su misma edad, pero a ellos no les importaba su religión. Para ellos era solo Karim, su amigo. Nunca habían tenido en cuenta las advertencias y los reparos de sus padres, que no veían con buenos ojos que tuvieran amistad con un moro. A pesar de ello, procura-

ban no frecuentar la morería del pueblo para evitar que los chismosos contaran a sus familias que sus hijos iban a casa de infieles. Solían citarse bajo los porches de la plaza, donde, sentados en los bancos de piedra, echaban largas partidas de ajedrez y mantenían no menos largas tertulias.

En cuanto los dos estudiantes le propusieron a Karim ir al monte, no dudó ni un instante en unirse a la improvisada correría. El día era espléndido, ni una sola nube manchaba el azul del cielo. Aquella mañana primaveral, el ábrego, cálido y húmedo, soplaba suavemente y presagiaba un verano en ciernes. Era una buena ocasión para ir de caza. Cada uno de ellos fue discretamente en busca de la ballesta y la aljaba con las saetas. Nada más reunirse de nuevo, emprendieron prestos la salida de la ciudad por la Puerta del Azogue de las murallas, que conducía al camino de la alameda. Fueron bordeando el río entre álamos, fresnos y sauces hasta el puente de piedra. Desde allí subieron por la torrentera hasta el Cerrillo Alto. El viento arreciaba y mecía los altos trigales de la vega, que semejaban un mar verduzco movido por las olas. Con viento no se daban las mejores condiciones para la caza con ballesta, pero a pesar de ello se apostaron cerca de la vaguada tras unos enebros, esperando tener buena fortuna y ver aparecer alguna pieza. Durante un rato esperaron pacientemente. Agazapados tras los matorrales, procuraban no hacer ruido. No muy lejos de ellos, tras el tronco de un quejigo asomó una liebre. Como si lo hubieran acordado, los tres dispararon las ballestas al mismo tiempo. Ninguno dio en el blanco y la liebre huyó, ocultándose tras unos matojos. Ni por un momento pensaron atribuirse el fallo de no dar en el blanco a su escasa pericia, por lo que aún estuvieron más de una hora escondidos con la esperanza de ver aparecer algún conejo, una perdiz o cualquier otra presa que cobrarse, pero la suerte no los acompañó aquel día.

Miraron el sol. La mañana se les estaba echando encima y decidieron regresar a la ciudad. Estaban desilusionados por volver sin llevar colgada del cinturón ninguna pieza; ¡pocas veces les pasaba

eso! Ya habían emprendido el camino de vuelta cuando vieron a lo lejos, cerca del puente de piedra, a una mujer y a un hombre que caminaban uno detrás de otro. A ella la reconocieron por su rubia cabellera sin cubrir y sus andares provocadores, era la Juana, una ramera del pueblo. Ella y su acompañante se dirigían a la cabaña de pescadores que se hallaba junto al puente. Los mozos se miraron sonrientes, sin decirse nada. A los tres se les había ocurrido la misma brillante idea. Procurando no ser vistos, se acercaron con sigilo a la cabaña donde habían entrado la mujer y el hombre. Entre una de las paredes de adobe y el bajo techo de paja quedaban huecos por donde podían observar lo que ocurría en el interior. La Juana era una viuda ya mayor, de unos treinta y cinco años, y, aunque no era muy agraciada, tenía unas buenas tetas que hacían las delicias de su acompañante y, ¡cómo no, también de los tres mirones! La pareja, desnuda, fornicaba entre jadeos y resoplidos sobre un montón de heno. Los chicos, con los ojos muy abiertos, encendidos y excitados, se tocaban contemplando la escena. Con la tensión del momento, Pablo se apoyó demasiado en la vieja pared y se desprendió un ladrillo de adobe que cayó en el interior. La pareja se dio cuenta de que les observaban, y el hombre, subiéndose las calzas, salió rápidamente de la cabaña al mismo tiempo que los muchachos ya corrían alameda arriba. La Juana, medio desnuda, desde el umbral de la cabaña los maldijo:

—¡Rufianes, tiñosos, malnacidos! ¡Así os coman los ojos diez cuervos negros! ¡Ya se lo diré a vuestros padres cuando vengan a visitarme!

Durante un buen trecho el hombre los persiguió blandiendo un garrote hasta que se convenció de que los mozos corrían mucho más que él y no lograría darles alcance.

Los jóvenes no dejaron de correr hasta llegar a la plaza. Fatigados, jadeantes y sudorosos, sentían la sangre palpitar en sus sienes. Se amorraron a los caños de la fuente y bebieron hasta saciarse mientras se desternillaban. Pablo, el más cómico de los tres, se revolcaba por el suelo riendo exageradamente.

—¿Habéis visto qué cara han puesto al darse cuenta de que los estábamos mirando? Si nos pilla el hombre, nos muele a palos — comentó Pablo a carcajada limpia.

Pensaron que, finalmente, la salida al monte no había sido infructuosa.

Martín miró el sol, estaba muy alto, ya era tarde. Hacía rato que las campanas de la iglesia habían anunciado la hora sexta. Le estarían esperando para comer. Se despidió de sus amigos y echó a correr calle arriba pensando en la reprimenda que le esperaba. Cuando llegó a su casa, entró por la puerta falsa que daba a la cocina. Nada más verle llegar, el ama, Prudencia, le advirtió de que su padre ya hacía rato que había preguntado por él. Se lavó las manos y la cara con el agua que le vertió en un lebrillo y se secó después en el delantal del ama, que, divertida, lo despachó con un improperio. Subió de dos en dos los escalones hasta el comedor. La familia ya estaba sentada a la mesa, pero aún no habían comenzado a comer, lo estaban esperando. Martín se disculpó dando la primera excusa que se le ocurrió. Hernán, su padre, visiblemente enojado, no dijo nada. Con la cabeza le hizo una señal indicándole que tomara asiento en su sitio. Tanto su madre como sus hermanos estaban serios. Algo pasaba. Martín los interrogó con un gesto. Su hermano Rodrigo lo miró y se encogió de hombros; los otros rehuían su mirada, centrados en sus escudillas. El padre bendijo la mesa y Mencía, la madre, sirvió a continuación el potaje en las escudillas, sin hacer ningún comentario. Hernán fue cortando una hogaza de pan blanco y repartió los pedazos mientras Jimena, la criada, servía vino rebajado con agua en los cuencos de cerámica. Todos comenzaron a comer en silencio, nadie se atrevió a decir nada.

Terminada la comida y antes de que Hernán les autorizara a levantarse de sus asientos, les indicó que permanecieran sentados. Tenía que hablar con todos ellos de una cuestión importante. En las caras de los chicos se reflejaba la curiosidad y cierta inquietud ante lo que el padre tenía que decirles. Martín, receloso, se barrun-

taba que nada bueno les esperaba. Todos prestaron atención en silencio. El *pater familias* iba a hablar:

—Desde hace algún tiempo vengo pensando que ha llegado la hora de hacer planes para vuestro futuro. Lo he meditado mucho, pero antes de tomar una decisión solicité el consejo de su excelencia el señor obispo, a quien sabéis tengo en gran estima y que siempre ha velado por los intereses de nuestra familia. Os habéis hecho mayores y, aunque lo he postergado, no debo demorar por más tiempo que conozcáis lo que he decidido para cada uno de vosotros.

Los chicos, intrigados, no apartaban ni por un segundo la mirada de su padre.

—No hace falta que os diga que mi decisión ha sido muy meditada y basada tan solo en lo que es más ventajoso para la familia.

Hizo una pequeña pausa y, tras aclararse la garganta con un trago de vino, continuó:

—Bertrán, a ti, siendo el primogénito, te corresponde el mayorazgo para preservar el patrimonio familiar. Tras mi defunción, serás el cabeza de familia, con todo lo que ello comporta. Heredarás las fincas y el título de infanzón que el rey don Alfonso, a quien Dios tenga en su gloria, tuvo a bien otorgar a nuestros antepasados. Te harás cargo de tu madre y de tus hermanas mientras estas permanezcan solteras o si quedaran viudas. En caso de haber muerto yo, si ellas contraen matrimonio, les proporcionarás la dote adecuada a nuestra posición. También te harás cargo de tus hermanos si por cualquier razón regresaran al seno familiar. Asimismo, conservarás y protegerás a los siervos y a sus familias.

Bertrán se sonrojó y, sin atreverse a posarla en sus hermanos, bajó la mirada. Sintió sobre sus hombros el gran peso de la responsabilidad que su padre había depositado en él. Se sabía débil y dudaba de ser capaz de llegar algún día a sustituir a su padre. Siempre había deseado ir a Palencia a estudiar el *trivium*, como le había recomendado fray Tomás; la gramática, la retórica y la dialéctica le interesaban, y aquella decisión echaba por los suelos sus planes.

Pensaba que tanto Rodrigo como Martín tenían más carácter y eran más capaces que él para encargarse de esos menesteres y, por lo tanto, hubieran sido los más eficaces para llevar el peso de la familia.

—El destino de Rodrigo será ingresar en la milicia al servicio de nuestro señor el rey Fernando, donde hará méritos para ser nombrado caballero y para su posterior ingreso en una orden militar. Para ello te dotaré de caballo, armadura y demás equipamiento militar, tal como corresponde a un hombre de nuestra estirpe de cristianos viejos.

Rodrigo reprimió dar un salto de alegría, aunque su amplia sonrisa denotaba su satisfacción. Su padre había acertado con él. Siempre había soñado con gestas militares y ser armado caballero.

—A María la prometeré en matrimonio, si Dios quiere y el acuerdo llega a buen término, con el hijo de un hidalgo de Soria con quien estoy tratando. Tendrás una buena dote.

Ella sabía de muy niña que estaba destinada a casarse y a tener hijos. Ya tenía edad para contraer matrimonio y solo esperaba que el candidato escogido por su padre fuera un buen hombre y la tratara bien.

—Martín y Leonor, vosotros seréis nuestros valedores ante el Señor. He decidido que ingreséis al servicio de la Iglesia. Martín como monje en un monasterio que, por recomendación del señor obispo, será uno nuevo, el monasterio cisterciense de la Santa Faz, en Alcaraz. Leonor, en el monasterio femenino benedictino de Toledo. Con ello quiero agradecer a nuestro Señor los bienes con que nos ha bendecido y con la esperanza de que será tenido en cuenta para sufragio de nuestras almas cuando tenga a bien llamarnos a su presencia. Vosotros también aportaréis vuestra dote a los monasterios.

Aquello fue lo más inesperado. Leonor también pensaba que la casarían y tendría hijos. Su madre, igual que a sus hermanas, la había estado preparando en las labores domésticas. Nunca había pensado en la posibilidad de ser monja. Con la mirada buscó los ojos de su madre en un intento de recabar su apoyo.

—Tú, Inés, que eres la menor, te quedarás en nuestra casa para atendernos a tu madre y a mí en nuestra vejez. Una vez fallecidos, podrás contraer matrimonio con quien Bertrán crea conveniente o permanecer en la casa familiar.

Inés, que estaba sentada junto a su madre, sonrió y recostó la cabeza en el hombro de Mencía. Ella no quería separarse de su madre.

Martín, en un primer momento, no comprendió el alcance de lo que su padre había previsto para él. Tras unos instantes de sorpresa, pensó: «¿Yo, monje? ¡Pero qué ocurrencia! Todos los que están aquí me conocen bien y saben perfectamente que ni por mi carácter ni por mi forma de ser soy un buen candidato para dedicarse a la iglesia». La cara de Martín fue pasando del estupor al enojo y del enojo a la ira. Su rostro fue enrojeciendo, la tensión enmarcaba sus mandíbulas y las aletas de la nariz se le ensanchaban. Colérico, pegó un puñetazo sobre la mesa.

Todos le miraron sorprendidos. Después, desviaron la mirada hacia el padre, esperando ver su reacción. Mencía, atemorizada, le suplicaba a su hijo que se calmara con un gesto. La tensión se hizo sitio entre los comensales. Tras unos segundos, Hernán, enfurecido, levantó la voz:

—¡Levántate de la mesa y acércate, insolente!

Todos temblaron; jamás habían oído a su padre hablar en aquel tono de voz.

Martín dudó unos segundos. La cabeza le daba vueltas, no sabía lo que hacía.

—¡Arrodíllate, arrogante!, aún te queda mucho por aprender, ¡ya te bajaré los humos!

Martín no se arrodillaba. Su cara era un espejo donde se reflejaban la furia y la rebeldía.

—¿Ese es el respeto que le debes a tu padre?, ¿tan mal te he educado que te atreves a poner en tela de juicio mis decisiones?

Hernán le forzó a arrodillarse y, sin mediar más palabras, se quitó el ceñidor y le cruzó la espalda con unos fuertes azotes.

Martín miraba al suelo sin emitir ni un gemido. Unos gruesos lagrimones le caían por las mejillas.

La madre, lívida, no abría la boca. Las niñas lloraban abrazadas a ella y los muchachos, turbados, no apartaban la vista de su hermano, al que no podían ayudar.

Hernán se sentó de nuevo, mirando a su hijo, que permanecía arrodillado. Le tendió la mano para que se la besara.

El muchacho se sentía mal. No era tanto por la humillación de recibir los azotes delante de sus hermanos, sino principalmente porque él respetaba y admiraba a su padre y nunca hubiera querido faltarle al respeto que le debía poniendo en duda su decisión, pero aquel futuro que había previsto para él le había hecho perder los estribos. Tembloroso, le besó la mano.

—Y ahora vete a tu cuarto y pide perdón a Dios por este pecado del que todos han sido testigos.

Martín aún permanecía en pie cuando su padre dijo:

—No tengo nada más que añadir. Que Dios os bendiga.

Y dicho esto, se levantó de su asiento y salió del comedor.

Todos estaban aturridos. Durante unos segundos, el silencio fue una pesada losa que había caído sobre ellos y que les impedía hacer el más leve comentario. Su padre era un hombre recto, pero justo y amable. Jamás habían visto en él una reacción semejante y menos aún se explicaban cómo Martín se había atrevido a actuar de aquella manera. Nadie podía poner objeción alguna a la decisión del *pater familias*.

Mencía, visiblemente afectada, permanecía sentada mirando a sus hijos y escrutando sus rostros. Intentaba vislumbrar lo que pensaban de la decisión de su padre. Leonor, que estaba sentada a su derecha, se le abrazó y lo mismo hizo la pequeña Inés. Martín, roto, se sentó de nuevo a la mesa y, apoyando los codos, se tapó la cara y empezó a sollozar. Rodrigo y María, cogidos de las manos, se miraban conformes con su destino. Bertrán, serio y titubeante, tenía la mirada fija en el vino del cuenco, quizás buscaba una respuesta al desasosiego y a la incertidumbre que su futuro

le deparaba. ¿Sería capaz de llevar a cabo lo que su padre le había encomendado? De la boca de Mencía no surgió ni una sola palabra que pudiera poner en tela de juicio la forma de proceder de Hernán. Tampoco les transmitió a sus hijos palabras de consuelo o de aliento. Por unos minutos, olvidó su frialdad y los estrechó entre sus brazos.

Aquella noche Martín apenas durmió y lloró amargamente durante horas. Con esa noche inauguraba la que sería la primera de muchas de lamentos, sollozos y monólogos. No se le iba de la cabeza el enfrentamiento con su padre por el porvenir que le había reservado. «¿Cómo se le ha ocurrido pensar en mí para la vida religiosa? Soy el menos indicado de mis hermanos. No creo que a nuestro Señor le complazca tenerme en un convento. Él me hizo para otra clase de vida, de eso estoy seguro. Siempre he pensado que en el futuro me casaría con Elvira, que formaríamos una familia. ¡Se lo prometí!». Esos pensamientos no le ayudaban a aceptar y doblegarse a la voluntad de su padre, que, como cabeza de familia, había ejercido su derecho a decidir el futuro de sus hijos. Se arrepentía de haber plantado cara a su padre, sabía que era su deber honrarle y obedecerle en todo. «¿Cómo me he atrevido a cuestionarle y dudar de su criterio? Mi padre no se merece esa injuria. He cometido un gran pecado, el quinto mandamiento de la ley de Dios dice: “Honrarás a tu padre y a tu madre”». Tras pasar la noche en vela devanándose los sesos, se levantó más sereno, decidido a pedir perdón a su padre. Debía aceptar la realidad, no le quedaba más alternativa que acatar y claudicar ante su destino.

Bajó a la cocina. El ama Prudencia le tendió los brazos nada más verlo. Permanecieron un buen rato abrazados, sin decir nada. Aquel gesto decía mucho más que mil palabras. Siempre se había sentido cobijado y arropado entre los brazos de aquella mujer que le había dado desde niño el amor que su madre no había sabido transmitirle.

Jimena, la criada, iba de un lado a otro de la cocina, con los ojos y la nariz enrojecidos. Atolondrada, tropezaba con las banquetas y

lloriqueaba sorbiendo las gotas que le caían de la nariz a cada instante. Martín y ella cruzaron unas furtivas miradas sin intercambiar palabra alguna.

—¿Mi padre ha salido ya o está aún en casa? —preguntó Martín.

—Don Hernán está en el comedor.

Martín subió hasta el comedor. Su padre, sentado a la mesa, leía unos pergaminos. Alzó la mirada y vio a su hijo acercarse.

El muchacho se arrodilló en silencio junto a su padre. Entonces dijo:

—Padre, quiero pedir os perdón por mi comportamiento de anoche. Sé que os debo respeto y obediencia, pero me dejé llevar por mi necesidad. Acepto lo que habéis dispuesto para mí y, como sois un hombre justo, espero no tengáis en cuenta mi culpa —dicho esto, le tomó la mano y la besó.

—Claro que te perdono, hijo, pero debes aprender a controlar esos arrebatos. Espero que en el monasterio dobleguen ese espíritu rebelde.

—Gracias, padre, procuraré seguir vuestros consejos.

Apesadumbrado, pero más tranquilo, Martín acudió como todas las mañanas a la escuela episcopal. La lección de aquel día se le hizo eterna. No prestó ninguna atención a las explicaciones de fray Tomás. No podía concentrarse. El *magister* se percató de su estado y le preguntó si le sucedía algo. Él le respondió que estaba indispuesto, que le dolía la cabeza.

Acabada la enseñanza del día, se reunió con Pablo y Karim en el lugar donde acostumbraban, bajo los porches de la plaza. Sentado en uno de los bancos de piedra, meditaba sobre cómo iba a contarles a sus amigos la decisión de su padre. Quería y necesitaba compartir con ellos la tristeza por su próximo ingreso en el monasterio. Con voz entrecortada, les narró lo sucedido el día anterior sin escatimar detalles. Pablo le miraba incrédulo mientras oía sus explicaciones. Pensaba si no sería una de sus payasadas.

—¡No digas disparates! ¿Tú en un monasterio? ¡Buen monje ibas a ser! ¡Venga!, déjate de bromas, que somos tus amigos y te

conocemos bien —dijo Pablo, suspicaz y con cierta dosis de inquietud.

—Por desgracia no es ninguna bufonada. Lo tiene todo planeado desde hace tiempo. Me llevará al Monasterio de la Santa Faz de Alcaraz después de la cosecha, por las calendas de julio.

—¿Y eso es por mucho tiempo? —preguntó Karim, ingenuo.

—Karim, quien entra en un monasterio lo hace para siempre. ¿Acaso no tenéis los moros monasterios? —respondió Martín.

—No sé, creo que no..., además, tú tienes a una doncella enamorada. ¿Se lo has dicho a Elvira?

—Sois los primeros en saberlo. A ella se lo diré en cuanto la vea. Tener que renunciar a ella para siempre y a vuestra amistad es lo que más me duele —dijo sin poder evitar que se le saltaran las lágrimas.

Los tres amigos, apenados, se abrazaron, incapaces de añadir nada más.

La tarde del viernes, Martín esperaba sentado en un banco frente a la iglesia. Elvira estaba a punto de salir con sus hermanas del rezo del rosario al que solían acudir. En esa ocasión, no se iba a limitar a acompañarla gentilmente a cierta distancia, como siempre hacía. No iba a decirle alguna chanza, como acostumbraba a proceder para provocar la risa, los cuchicheos de las chicas y el rubor en las mejillas de Elvira. Tenía que hablar con ella para explicarle lo que su padre había dispuesto para él.

Salieron sus tres hermanas, y Elvira la última. Las jóvenes se quitaron los velos. La niña estaba preciosa. Vestía una saya de lino azul ribeteada de amarillo y acordada por los costados. Por debajo de la saya le asomaban los pequeños y puntiagudos zapatitos de paño bordados. Ese día no lucía tocado alguno en la cabeza, solo una fina redecilla de cordón dorado le recogía sus rubios cabellos en la nuca. La palidez de su rostro cambió de forma súbita en cuanto vio a Martín sentado en un banco frente a la iglesia. Al instante se colorearon sus pecosas mejillas y un destello de luz iluminó sus ojos aguamarina. Los labios se entreabrieron sonriendo,

pero la sonrisa solo duró un soplo y se le heló en la boca. Por la expresión de Martín, intuyó que algo malo ocurría.

Martín se acercó al grupo de doncellas y, dirigiéndose a la hermana mayor, le rogó que le dejara hablar con Elvira porque tenía que comunicarle algo muy importante. Juana, a pesar de que consideraba a Martín un pícaro y un guasón, al ver la seriedad de su rostro comprendió que debía facilitarle hablar con su hermana. La muchacha asintió con la cabeza y se retiró unos pasos con las otras dos jóvenes.

Nervioso y emocionado, Martín miró a Elvira a los ojos y le dijo:

—Tengo que explicarte algo que me duele profundamente. No me está siendo nada fácil dar este paso, pero es preciso que lo sepas por mí y no te enteres antes por otros. —Las palabras se agarraban a su garganta en un vano intento de ser pronunciadas.

—Martín, estoy aturdida. Dime lo que tengas que decir sin más demora.

—Elvira, anteayer mi padre nos reunió a mis hermanos y a mí para comunicarnos cuál será el futuro que tiene preparado para cada uno...

Instintivamente, el joven fue a tomarla de las manos, pero ella miró a su hermana y no se atrevió a hacerlo.

Tragó saliva antes de continuar. Un nudo le oprimía la garganta.

—A mí me ha destinado a ingresar en un monasterio... Me llevará allí tras la siega.

La palidez volvió de nuevo al rostro de Elvira y a sus ojos los empañaron unas lágrimas que no tardarían en resbalar por sus mejillas. Juana, que seguía la escena a cierta distancia, aunque sin haber escuchado la conversación, cuando vio llorar a su hermana se acercó a ellos para interrumpir el encuentro. Martín, sin reparar en la presencia de esta, continuó hablando:

—Te juro por Dios, Elvira, que la promesa que te hice de que te haría mi esposa ha sido la única certeza que tenía para el futuro. Ahora esa promesa no la puedo cumplir y para mí es una condena.

Te ruego que no te olvides de mí. Desde mi destierro te tendré en el pensamiento cada día de mi vida.

Juana intervino. Tiró de la manga a su hermana, que no paraba de llorar, para dar por terminada la conversación y emprender el regreso a su casa.

El muchacho, descompuesto y afligido, permaneció en medio de la plaza sin moverse durante unos instantes. Apretó los puños y un fuerte grito salió de lo más profundo de su ser. La gente que pasaba por la plaza lo miraba extrañada meneando la cabeza mientras murmuraban.



CAPÍTULO II

«Con el fuego se prueba el oro; con la desgracia, los grandes
corazones».

LUCIO ANNEO SÉNECA

Martín nació en el año del Señor de 1213, cuando ya se había trillado la mies, se pisaba la uva en el lagar y los bosques comenzaban a amarillear. Vino al mundo en el seno de una familia de hidalgos infanzones de Sigüenza. Su padre, Hernán, era descendiente de mozárabes que hacía tres generaciones habían llegado a esa ciudad huyendo de Córdoba, en unos años durante los cuales el integrista musulmán de los almohades les hizo muy difícil la vida en el califato de Abd al.Mumin.

Sigüenza había sido conquistada a los musulmanes por el arzobispo de Toledo, Bernardo de Agen, en 1123, y en recompensa, Alfonso VII concedió a los obispos de Sigüenza la propiedad de la

ciudad y de sus gentes. A las familias mozárabes que colonizaron esos territorios recién conquistados se les otorgaron tierras y el título de infanzonía.

Durante varias generaciones aquella familia había estado bajo la protección de sus obispos, señores de la ciudad, y por tal motivo prosperaron y se habían convertido en terratenientes con un considerable patrimonio. Era una de las familias de la baja nobleza más preponderantes de Sigüenza.

Hernán se había casado con Mencía, una dama soriana hija de un hidalgo castellano y cuya boda la acordaron sus padres por tener intereses comunes. Tuvieron diez hijos, de los que seis habían llegado a adultos.

Cuando su padre decidió su futuro, Martín era un muchacho de quince años, de elevada estatura, delgado pero fuerte y vigoroso. Su negra e indomable cabellera enmarcaba un rostro cortado a cincel donde destacaban sus ojos oscuros de penetrante mirada y un poderoso mentón. Le gustaba la caza, la vida al aire libre y las partidas de ajedrez con sus amigos. Su padre había procurado que él y sus hermanos varones recibieran una buena formación, como correspondía a los de su clase, asistiendo a la escuela catedralicia, donde había aprendido a leer y a escribir latín clásico, aritmética y nociones de árabe. No era un chico con tendencias místicas. Sus creencias no iban más allá de la incuestionable fe en Dios, en Jesucristo, y de los preceptos y morales enseñados por la Santa Iglesia Católica. Su religiosidad no estaba exenta de una buena parte de superstición, de predeterminación del destino, del miedo a la condena eterna y al infierno.

Aquella mañana de las calendas de julio, Martín se levantó al amanecer, cuando las campanas de la iglesia aún no habían tocado la hora prima. Su madre y sus hermanos también lo hicieron para despedirse de él. Sentados a la mesa de la cocina, somnolientos, lo miraban apenados sin atreverse a romper el silencio. Las niñas se le abrazaron. La pequeña Inés, su preciosa hermanita, no le soltaba la mano, mirándole

con sus ojos de miel velados por las lágrimas, sin dejar de hacer pucheros, mientras le repetía: «Martín, no quiero que te vayas». El ama Prudencia, que apenas dormía y era mujer muy activa, siempre andaba por la cocina arriba y abajo; amasaba el pan, preparaba un guiso o desplumaba una gallina, pero aquella mañana sus carrillos siempre rojos aún lo estaban más y sus diminutos ojos brillaban bajo la sombra de la toca que cubría su cabeza. Intentaba disimular su tristeza, sin conseguirlo. No en vano ese día se iba «su niño», el preferido entre todos los de la casa. Aquella mujer había criado a todos los vástagos de la familia, eran para ella como los hijos que nunca tuvo, pero desde que era chico había tenido predilección por Martín. Era el más llano, amable y cariñoso con ella, pero también el más revoltoso. No había día que no bajara a la cocina y le hiciera cosquillas, le desatara el delantal o le hiciera refunfuñar con cualquier broma, a lo que ella siempre respondía llamándole de cualquier modo y tirándole lo primero que tuviera a mano, para jolgorio del muchacho.

—Te echaremos de menos. Prométeme que rezarás por nosotros. Tú estarás en la mejor compañía, con el Señor. Procura moderar tu carácter y obedecer a tus superiores. Te queremos, hijo mío. —Mencia le hizo el signo de la cruz en la frente.

Hernán entró en la cocina y con semblante serio dijo:

—¡Venga, basta de lloriqueos, que esto no es ningún funeral! Martín, prepárate, que los mozos ya han cargado las caballerías. Nos vamos ya.

—Padre, ¿podría ir un momento a despedirme de Pablo? —rogó Martín.

—Bueno, ve corriendo, pero date prisa, se nos está haciendo tarde y tenemos varias leguas de camino esta jornada.

Martín salió de la casa y corrió calle abajo. Había quedado con Pablo y Karim en que se despediría de ellos al amanecer, antes de partir. La casa de Pablo no estaba lejos de la suya. Sus amigos ya le esperaban en el quicio de la puerta.

—Adiós, Pablo... no sé si volveremos a vernos —dijo mientras se fundían en un largo abrazo y Pablo lloriqueaba en su hombro.

Eran amigos desde niños, ninguno de los dos podía recordar su infancia sin el otro.

Atrajo hacia ellos a Karim y se unieron los tres amigos en un último abrazo.

—Karim, no dejéis de ser amigos, aunque os pongan impedimentos.

—*Rehla muwafaba sadiq*, buen viaje, amigo, *Allah maeak*, que Dios te acompañe.

—Pablo, ¿podrías decirle a Elvira que baje para despedirme de ella? ¡Por favor! —suplicó Martín.

Pablo subió al piso superior. Al poco, Elvira bajó al zaguán acompañada por su ama. Iba tapada con un manto y llevaba su cabellera recogida en un gorro de dormir. Estaba pálida, temblorosa y con los ojos enrojecidos.

—Martín, ¿ya te vas...? —dijo con voz apenas audible.

—Sí, Elvira, ya me voy. No puedes imaginarte la pena que tengo. Ten por seguro que habrías sido mi esposa si las cosas hubieran sido como esperaba. Ahora nuestras vidas irán por caminos bien distintos, pero algo me barrunta que volveré algún día y será por ti. —Las palabras se le agolpaban en la garganta como pájaros que vuelan en una cueva buscando una salida.

La doncella había derramado ya hasta la última de sus lágrimas. En poco tiempo había madurado, por primera vez en su vida sentía el dolor de la renuncia.

—Ten, guárdate esto y así tendrás algo mío. —Y sin poder controlar el temblor de sus pequeñas manos, le puso en el cuello a Martín una fina tira de cuero de la que pendía una bolsita de piel, en cuyo interior había metido un mechón de su cabello.

—Siempre la llevaré conmigo, será mi talismán —dijo Martín apretando la pequeña bolsa entre sus dedos.

El muchacho echó mano a su faltriquera y sacó la flauta que había hecho él mismo con la tibia de un carnero y que a Elvira tanto le gustaba cuando le oía tocar las cancioncillas que había aprendido de algún trovador.

—Elvira, quédate la flauta. Aprende a tocarla. Cada vez que lo hagas será como si estuviera contigo.

Pablo y el ama asistían callados a la despedida de los dos jóvenes. Estaban inquietos, temían que sus padres se enteraran y les recriminaran haber permitido que se vieran a aquellas horas. No era apropiado para una doncella.

Martín tomó sus pálidas manos y se las besó. Elvira ya no contenía el llanto. Él, con el corazón roto, miraba emocionado a su menuda novia. Le puso en la mano un retazo de pergamino doblado. Volvió la cabeza para que no viera las lágrimas que ya empañaban sus ojos y, sin más tardanza, salió corriendo hacia su casa. Su padre le esperaba impaciente por emprender la marcha.

Elvira, una vez perdió de vista a Martín entre las sombras del amanecer, desplegó el pergamino. En él había escrito con letra pequeña y torpe un sencillo poema que leyó a la luz de un candil:

*Un ángel baxó del cielo
y aqueste lirio me donó,
para donarlo a la mi amada
dueña de mi corazón.
Regad, amada mía,
la aquesta flor
porque el día que ella muera,
moriré yo.*

La muchacha besó el pergamino y con las dos manos lo apretó contra su pecho.

